

howard becker
trucos del oficio

Trucos del oficio bien podría ser el título de un libro de magia, sobre todo si pensamos que los pases de magia, como la investigación en ciencias sociales, en realidad están guiados por estrategias precisas, acciones específicas y acciones aprendidas. Este libro —escrito por uno de los sociólogos clave en la escena contemporánea— es entonces un formidable catálogo de enseñanzas destinadas a solucionar dificultades que son propias del oficio. Un manual heterodoxo de herramientas concretas, escrito con un destilado de inteligencia, sentido del humor y un tono accesible.

Todo cientista social alguna vez se preguntó si existe algún truco que lo ayude a elegir qué observar. O cómo encontrar casos que lo obliguen a cuestionarse lo que cree saber. O cómo reunir en forma de nociones generales lo aprendido de los ejemplos. O cómo emplear métodos lógicos que le permitan manipular mejor sus ideas.

Este libro reúne una colección de trucos metodológicos compilados por el autor tras años de explicarlos a los estudiantes en forma simple y directa cuestiones que los científicos sociales consideran teóricas, o de plantearles ejercicios que les permitieran inventar nuevos modos de pensar lo que aprendían en sus investigaciones. Algunos de esos trucos son simples reglas empíricas, otros, el resultado de un imaginativo análisis científico social, pero en todos los casos "sugieren maneras de interferir con las cómodas rutinas de pensamiento que la vida académica promueve. Los trucos proponen modos de dar vuelta las cosas, de verlas bajo otra luz, para crear nuevos problemas de investigación, nuevas posibilidades de comparar casos e inventar novedosas categorías".

Quien lea *Trucos del oficio* rápidamente comprenderá que está llamado a ser una herramienta inoludible para estudiantes e investigadores.

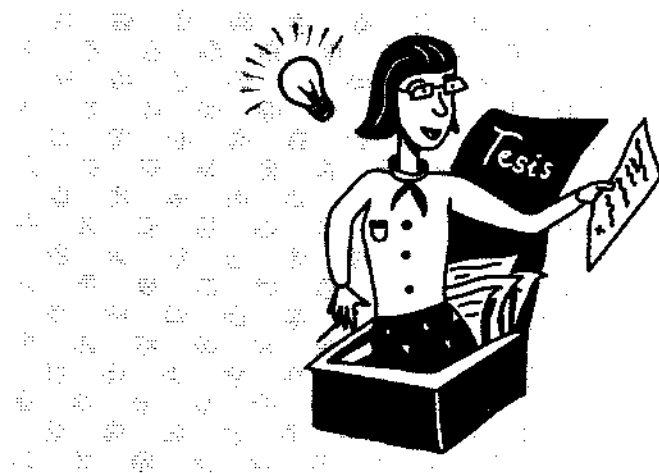
 **siglo veintiuno**
editores

ISBN: 978-987-629-088-3



9 789876 290883

howard becker
trucos del oficio



TRUCOS DEL OFICIO

cómo conducir su investigación
en ciencias sociales

howard becker



 **siglo veintiuno**
editores



siglo veintiuno editores

Guatemala 4824 (C1425BUP), Buenos Aires, Argentina

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

Cerro del agua 248, Delegación Coyoacán (04310), D.F., México

siglo veintiuno de españa editores, s.a.

c/Menéndez Pidal, 3 BIS (28006) Madrid, España

Para Dianne.

Becker, Howard S.

Trucos del oficio: cómo conducir su investigación en ciencias sociales.

- 1a ed. - Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2009.

296 p.; 14x21 cm. - (Sociología y política)

Traducido por: Teresa Beatriz Arijón

ISBN 978-987-629-088-3

1. Ensayo Sociológico. I. Arijón, Teresa Beatriz, trad. II. Título

CDD 301

Tricks of the Trade (Licensed by The University of Chicago Press,
Chicago, Illinois, USA)

© 1998 by The University of Chicago. All rights reserved

© De esta edición: 2009, Siglo Veintiuno Editores S.A.

Diseño de colección: tholón kunst

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

ISBN 978-987-629-088-3

Impreso en Artes Gráficas Delsur // Alte, Solier 2450, Avellaneda,
en el mes de septiembre de 2009

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

1. Trucos

Cuando cursaba mis estudios en la Universidad de Chicago, los estudiantes aprendían a afrontar todas las preguntas conceptuales difíciles diciendo con aires de autoridad: "Bueno, todo depende de cómo definas los términos". Era cierto, pero no nos ayudaba mucho dado que no sabíamos nada especial acerca de cómo efectuar la definición.

Continué en la Universidad de Chicago mis estudios de posgrado y así fue como conocí a Everett C. Hughes, quien llegó a ser mi tutor y, eventualmente, mi compañero de investigación. Hughes había sido alumno de Robert E. Park, a quien podríamos considerar el "fundador" de la Escuela de Sociología de Chicago. Hughes me enseñó a rastrear mi ascendencia sociológica, a través de Park y de él mismo, hasta Georg Simmel, el gran sociólogo alemán que fue maestro de Park. Todavía me siento orgulloso de ese linaje.

Hughes no tenía aprecio alguno por la teoría abstracta. En cierta ocasión, un grupo de estudiantes nos acercamos a él después de clase y, con gran nerviosismo, le preguntamos qué pensaba de la "teoría". Nos miró, bastante molesto, y preguntó: "¿La teoría de qué?". Pensaba que había teorías acerca de cosas específicas, como la raza y la etnia o la organización del trabajo, pero que no existía ninguna clase de animal llamado "teoría en general". No obstante, sabía qué hacer cuando una clase o un alumno se embrollaba con lo que consideramos cuestiones "teóricas", por ejemplo cómo definir ideas o conceptos. Nosotros nos preguntábamos cómo definir el concepto de "grupo étnico". ¿Cómo sabíamos si un grupo era étnico o no? Hughes había identificado nuestro error crónico en su ensayo sobre las relaciones étnicas en Canadá:

Casi todos los que usan la expresión [grupo étnico] dirían que es un grupo distinguible de otros por una –o alguna combinación– de las siguientes características: cualidades físicas,

idioma, religión, costumbres, instituciones o "rasgos culturales". (Hughes [1971], 1984: 153.)

Es decir que pensábamos que era posible definir un grupo "étnico" por los rasgos que lo diferenciaban de algún otro grupo, presuntamente "no étnico"; un grupo era étnico porque era diferente. Pero, nos explicaba Hughes, la cosa era al revés. Un simple truco podía resolver semejante acertijo definicional, a saber, revertir la secuencia explicativa y ver las diferencias como resultado de las definiciones que daba la gente en una red de relaciones grupales:

Un grupo étnico no es tal por el grado de diferencia mensurable u observable con respecto a otros grupos; por el contrario, es un grupo étnico porque las personas que están dentro y fuera de él saben que lo es; porque tanto los que están dentro como los que están fuera hablan, sienten y actúan como si fuese un grupo separado. (Hughes [1971], 1984: 153-154.)

De modo que los canadienses franceses no eran un grupo étnico *porque* hablaban francés mientras que otros canadienses hablaban inglés, o *porque* casi siempre eran católicos en tanto que los ingleses eran habitualmente protestantes. Eran un grupo étnico porque tanto los franceses como los ingleses consideraban que lo eran. Las diferencias de idioma, religión, cultura y demás —que a nuestro entender definían la etnicidad— eran importantes, pero únicamente porque dos grupos pueden tratarse uno al otro como diferentes sólo si "hay maneras de saber quién pertenece al grupo y quién no, y si cada persona aprende temprana, profunda y casi siempre irrevocablemente a qué grupo pertenece". La clave del truco, que puede aplicarse a toda clase de problemas relacionados con la definición (por ejemplo, al problema de la desviación, al que me abocaré más adelante), es reconocer que no podemos estudiar un grupo étnico aisladamente y que, en cambio, debemos rastrear su "etnicidad" en la red de relaciones con los otros grupos en la que surge. Dice Hughes:

Se necesita más de un grupo étnico para establecer relaciones étnicas. Las relaciones no pueden ser entendidas estudiando uno u otro de los grupos, así como una combinación química

no puede comprenderse estudiando un solo elemento, ni un golpe de box por la observación de uno solo de los contrincantes. (Hughes [1971], 1984: 155.)

Eso es, precisamente, un truco: un simple artilugio que nos ayuda a resolver un problema (en este caso, el artilugio de buscar la red en la que surgen y se utilizan las definiciones).

Cada oficio tiene sus trucos, su solución a sus propios problemas distintos, maneras fáciles de hacer cosas que al lego le causan muchas dificultades. Los oficios de las ciencias sociales tienen sus trucos, no menos que la plomería o la carpintería, destinados a solucionar aquellos problemas que les son propios. Algunos de esos trucos son simples reglas empíricas derivadas de la experiencia, como el que dice que si ponemos coloridas estampillas conmemorativas en los sobres de respuesta mucha más gente completará y reenviará los cuestionarios. Otros son el resultado del análisis científico social de la situación en que surge el problema, como la sugerencia de Julius Roth (1965) de que los investigadores consideren el problema de los encuestadores que mienten en su trabajo no como una suerte de caso policial, una necesidad de atrapar a los empleados irresponsables, sino más bien como la manera en que es probable que se comporte aquella gente que no tiene interés ni compromiso alguno con su trabajo cuando su única motivación es la económica.

Los trucos que constituyen el contenido de este libro ayudan a resolver problemas de pensamiento, el tipo de problemas que los científicos sociales generalmente consideran "teóricos". Definir un término descubriendo cómo surge su significado en una red de relaciones es, precisamente, la clase de truco de la que estoy hablando, pero no es la manera habitual de resolver cuestiones teóricas. Los científicos sociales suelen debatir la "teoría" de manera elevada, como un tema por derecho propio, coordinado —pero en realidad no relacionado— con nuestro modo de investigar. Por supuesto que los dos escritos clásicos de Merton (1957: 85-117) subrayan la estrecha relación que, a su entender, debía existir entre teoría e investigación, pero esas ideas fueron mucho más utilizadas por los estudiantes mientras preparaban sus exámenes que por los investigadores en su trabajo. Hughes, que orientó su propia tarea metodológica hacia los problemas prácticos de descubrir qué pasaba en el mundo, siempre amenazaba con escribir "un librito teórico"

que contuviera la esencia de su posición teórica y en algún modo se diferenciara de las perlas de generalización sociológica diseminadas en sus ensayos y libros.

Los alumnos de Hughes, yo entre ellos, alimentábamos la esperanza de que lo escribiera porque, cuando lo escuchábamos en clase o cuando leíamos sus trabajos, sabíamos que estábamos aprendiendo una teoría, aun cuando no pudiéramos decir cuál. (Jean-Michel Chapoulie [1996] analiza con agudeza las ideas básicas del estilo sociológico de Hughes.) Pero jamás lo escribió. A mi entender no lo hizo porque carecía de una teoría sistemática al estilo de Talcott Parsons. Más bien tenía una forma de trabajar teóricamente informada, si es que esta distinción expresa algo. Su teoría no estaba destinada a proveer todos los casilleiros conceptuales donde debía encajar el mundo. Consistía, en cambio, en una colección de trucos generalizadores que utilizaba para pensar acerca de la sociedad, trucos que lo ayudaban a interpretar la información y darle un sentido general. (Este rasgo es más visible en sus ensayos, reunidos en Hughes [1971] 1984.) Dado que su teoría consistía en tales trucos analíticos antes que en una teoría propiamente dicha, los estudiantes la aprendían siguiéndolo a todas partes y aprendiendo a usar sus trucos, del mismo modo que lo hacen los aprendices con los trucos de un arte u oficio, es decir, observando cómo aquellos que ya los conocen los emplean para resolver problemas en la vida real.

Al igual que Hughes, sospecho profundamente de la teorización sociológica abstracta. En el mejor de los casos la considero un mal necesario, algo que necesitamos para hacer nuestro trabajo pero que, al mismo tiempo, es una herramienta que puede escapársenos de las manos y conducirnos a un discurso generalizado y absolutamente divorciado de esa excavación cotidiana en la vida social que constituye la ciencia sociológica. Atento a mis fines, he intentado domesticar la teoría considerándola una colección de trucos, de maneras de pensar que ayuden a progresar a los investigadores que afrontan problemas de investigación concretos.

Repito y amplío: el truco es una operación específica para sortear dificultades comunes, sugiere un procedimiento que resuelve con relativa facilidad lo que de otro modo sería un problema intrincado y persistente. Los trucos que vemos a continuación se ocupan de los problemas presentes en distintas áreas de trabajo de las ciencias sociales, que he dividido bajo los títulos de "Imaginario", "Muestreo", "Conceptos" y "Lógica".

Las descripciones que hago de los trucos casi siempre consisten en ejemplos ampliados que pueden funcionar como casos ejemplares en uno de los sentidos kuhnianos: como modelos pasibles de ser imitados cuando nos topamos con un problema similar. Mi experiencia docente me ha llevado a preferir los ejemplos a las definiciones generales. Cuando enseñaba sociología del arte, por la misma época en que escribía el que luego sería mi libro *Art Worlds* (Becker, 1982), estaba ansioso por compartir con mis alumnos mi marco teórico para comprender el arte como un producto social. Pero, por supuesto, para llenar todas esas horas de clase tenía que contar muchas historias. Una de mis mejores disertaciones fue acerca de las Torres Watts, la increíble construcción realizada por un albañil inmigrante italiano en Los Ángeles en la década de 1930 que luego fue abandonada a su suerte. Conté la historia y mostré diapositivas. La presenté como un caso límite del carácter social de la obra de arte. Simon Rodia, el constructor de las Torres, las hizo solo y sin ayuda de nadie, sin teorías del arte, ni ideas, ni historia del arte, ni tiendas de materiales artísticos, ni muscos, ni galerías, ni ninguna otra cosa organizada relacionada con el arte, y les expliqué que aquella obra dejaba traslucir esa independencia, y cómo podían verse las marcas de la dependencia de la mayoría de las obras respecto de todo aquello por la forma en que estaban hechas. A mi entender, la clave radicaba en el modo en que el caso marginal explicaba todos los otros casos. Por consiguiente, fue sumamente aleccionador que mis alumnos me dijeran que lo único que en realidad recordaban de aquel curso eran las Torres Watts. Algunos de ellos, que tenían fresca la historia, tenían presente el trabajo que me había tomado para explicar las Torres, pero la mayoría sólo recordaba la existencia de las Torres, la historia de ese individuo loco y de su loca obra de arte. Así aprendí que la gente presta atención y recuerda las historias y los ejemplos. De modo que he incluido aquí una buena cantidad de ambos.

(Algunos lectores advertirán que muchos de mis ejemplos no son precisamente actuales ni tampoco responden a los últimos hallazgos e ideas. No es obra de la casualidad. Me sorprende que se olviden los buenos trabajos del pasado, no porque no sean buenos sino porque los estudiantes jamás han oído hablar de ellos, porque nunca los han instado a prestarles atención. Por eso mismo, a menudo escojo mis ejemplos de trabajos que datan de treinta, cuarenta e incluso cincuenta años atrás, con la esperanza de darles una merecida vida nueva.)

Estos trucos, entonces, son maneras de pensar acerca de lo que sabemos o queremos saber y nos ayudan a comprender la información y a formular nuevos interrogantes basándonos en lo que hemos descubierto. Nos ayudan a explotar al máximo la información con que contamos al exponer aquellas facetas del fenómeno que estamos estudiando en las que todavía no hemos pensado.

Los sociólogos de la ciencia (por ejemplo, Latour y Woolgar, 1979, y Lynch, 1985) nos han mostrado que los científicos de las ciencias naturales trabajan de maneras nunca mencionadas en sus postulados formales de método, es decir, que ocultan la "práctica de base" —aquello que los científicos hacen en realidad— en su manera formal de referirse a lo que hacen. Los científicos sociales hacen lo mismo: emplean una colección prosaica de trucos teóricos cuando practican la ciencia social, que es lo opuesto a hablar de teoría. En este libro me ocuparé de lo que con frecuencia se consideran problemas teóricos, para lo que catalogaré y analizaré algunos de los trucos que emplean los científicos sociales: la práctica de base de las ciencias sociales. Describiré algunos de mis favoritos y también varios aprendidos de Hughes, y haré hincapié en su relevancia teórica. En algunos casos les he dado nombre a manera de regla mnemotécnica, de modo que pronto se encontrarán aquí con criaturas tales como el Truco de la Máquina, el Truco de Wittgenstein y otros por el estilo.

El hecho de haber titulado este libro *Trucos del oficio* da origen a ciertas ambigüedades que conviene esclarecer de inmediato. La frase posee varios significados potenciales, la mayoría de los cuales no ha sido intencional. Habrá quien espere que comunique trucos para moverse como pez en el agua en el ámbito académico: cómo conseguir empleo, cómo obtener una cátedra permanente, cómo conseguir un trabajo mejor, cómo lograr que publiquen sus artículos. Siempre he estado dispuesto a discutir esos temas. Es probable que mi para nada convencional carrera académica —dediqué muchos años a lo que solía llamarse "ocio investigativo" antes de ingresar a la academia como profesor de tiempo completo— me haya proporcionado cierta percepción especial que acompaña a la marginalidad. Pero los tiempos cambian y la situación económica y política de las universidades se ha modificado tanto que dudo de tener información válida sobre esos inciertos procesos. En todo caso, la academia no es el oficio que tengo en mente. (Aaron Wildavsky [1993] se ocupa muy bien de ese aspecto.)

Otros podrán pensar que aludo a trucos técnicos aplicables a la escritura, la computación, los "métodos" o las estadísticas (aunque pocos esperan trucos estadísticos surgidos de mi persona). Ya he dicho todo lo que sé sobre trucos técnicos de escritura (Becker, 1986b), y es probable que tenga para transmitir un conjunto similar de consejos folclóricos acerca de otras áreas de la práctica de las ciencias sociales. Pero, en tanto trucos del oficio de las ciencias sociales, son demasiado específicos y no lo suficientemente generalizables como para promover un debate exhaustivo. La tradición oral es la mejor manera de incorporarlos.

De modo que estoy hablando del oficio de sociólogo o (dado que tantas personas hacen un trabajo que, de manera imperialista, considero sociología, pese a que ellas crean pertenecer a otra estirpe de científico social o humanista) del oficio de estudiar a la sociedad bajo la égida del título profesional que mejor cuadre. Los trucos que tengo en mente son los que ayudan a proseguir a quienes hacen esa clase de trabajo, más allá del título profesional que ostenten. En consecuencia, he sido un tanto laxo en el uso intercambiable de "sociología" y "ciencias sociales", aun a sabiendas de estar creando ambigüedades respecto de disciplinas que están en el margen, como la psicología.

Otra cosa que espero que quede clara, aunque probablemente sea necesario explicitarla, es que mi pensamiento no se restringe a lo que generalmente se denomina investigación "cualitativa". Ésa es la clase de investigación que he realizado, pero representa una opción práctica antes que ideológica. Es lo que sabía hacer y lo que disfrutaba haciendo, por lo tanto, continué haciéndolo. Pero siempre he estado abierto a las posibilidades de otros métodos (en tanto no me fueran impuestos como cuestiones de convicción religiosa) y me ha parecido particularmente útil pensar acerca de lo que hacía en términos provenientes de otras maneras de trabajar, como la investigación por encuesta o el modelo matemático. De modo que las ideas incluidas aquí no están dirigidas pura y exclusivamente a los iniciados en el trabajo de campo al estilo antropológico, si bien espero que sus contenidos les resulten familiares, aunque no tranquilizadores. También están destinadas a quienes trabajan en la variedad de estilos y tradiciones que configuran las ciencias sociales contemporáneas.

Por lo general, la palabra "truco" sugiere que el artilugio u operación descripto facilitará las cosas. En este caso, es un error. A decir verdad, es probable que los que aquí presento —en un sentido muy especial— le

dificulten las cosas al investigador. En vez de tornar más sencilla la realización convencional de una tarea determinada sugieren maneras de interferir con las cómodas rutinas de pensamiento que la vida académica promueve y respalda al convertirlas en la forma "correcta" de hacer las cosas. En este caso, lo "correcto" es enemigo de lo bueno. Los trucos proponen modos de dar vuelta las cosas, de verlas bajo otra luz para crear nuevos problemas de investigación, nuevas posibilidades de comparar casos e inventar nuevas categorías, etc. Todo eso es trabajo. Es agradable, pero requiere más trabajo que hacer las cosas de manera rutinaria y sin pensar.

Clifford Geertz ha formulado una buena descripción de la tarea que se supone que cumplen estos trucos:

Las cifras [*figures*] que posteriormente surgen de ellos los vuelven recomendables [las "figuraciones" que describen un resultado etnográfico] o no recomendables, al igual que su capacidad de guiarnos a explicaciones extendidas que, al superponerse con otras explicaciones de otros asuntos, amplíen sus implicaciones y profundicen su alcance. Siempre podemos contar con que ocurra algo más, otra experiencia oblicua, otro acontecimiento a medias presenciado. Pero no podemos contar con que tendremos algo útil para decir al respecto cuando eso ocurra. No corremos el riesgo de quedarnos sin realidad; estamos en constante peligro de que se nos acaben los signos, o al menos de que los viejos signos desaparezcan ante nuestros ojos. Por lo general, la naturaleza posterior-al-hecho, *ex post*, a-la-zaga-de-la-vida, del estado de conciencia —primero la ocurrencia, después la formulación— se manifiesta en antropología como el continuo esfuerzo de diseñar sistemas de discurso que estén a la altura, más o menos, de lo que acaso esté ocurriendo. (Geertz, 1995: 19.)

En cada sección del libro atacaré la cuestión de la convención —convención social y científica— como el enemigo máximo del pensamiento sociológico. Cada tema que estudiamos ya ha sido estudiado por muchísimas personas con muchísimas ideas propias, y por lo tanto es el dominio de la gente que de hecho habita ese mundo, que tiene ideas propias acerca de en qué consisten y qué significan los objetos y los acontecimientos que en él ocurren. Estos expertos, por su profesión o

por ser miembros de un grupo, casi siempre detentan un monopolio no revisado ni cuestionado de ideas acerca de "su" tema. Los recién llegados al estudio de la cuestión, cualquiera que sea ésta, pueden dejarse seducir fácilmente y adoptar esas ideas convencionales como premisas indiscutidas de su investigación. La estimable actividad de "revisar la bibliografía", tan cara a los corazones de los comités de tesis, nos expone al peligro de esa seducción.

De modo que necesitamos formas de expandir el alcance de nuestro pensamiento, de ver qué más podríamos estar pensando y preguntando, de aumentar la capacidad de nuestras ideas de abarcar la diversidad de lo que ocurre en el mundo. Muchos de los trucos que describo están consagrados a esa empresa.

Las distintas secciones del libro se ocupan de los principales aspectos del trabajo de investigación en las ciencias sociales. "Imaginario" trata acerca de cómo pensamos lo que vamos a estudiar antes de iniciar la investigación, y cómo se constituyen nuestras imágenes de esa parte del mundo social, y de cuál es la tarea del científico social. Allí se debaten las distintas formas que toma el imaginario social y se sugieren maneras de controlar nuestro modo de ver las cosas, a fin de no ser simples e ignorantes portadores del pensamiento convencional del mundo.

En la siguiente sección, "Muestreo", se reconoce que nuestras ideas generales siempre reflejan una selección dentro del universo de casos que podrían haberse considerado. Se plantea la pregunta sobre cómo elegimos qué observar, los casos que tendremos en mente cuando formulemos de manera explícita nuestras ideas generales. Y se sugiere la necesidad de elegir casos con el objetivo de maximizar las posibilidades de encontrar al menos unos pocos que desafíen nuestras ideas, que nos obliguen a cuestionarnos lo que creemos saber.

La tercera sección del libro, "Conceptos", se ocupa de la producción de nuestras ideas. ¿Cómo reunir todo lo que aprendimos de los ejemplos en forma de ideas generales? ¿Cómo usar la diversidad del mundo, a la que nos han conducido nuestros esfuerzos por mejorar nuestro imaginario y muestreo, para crear formas mejores y más útiles de pensar las cosas?

Por último, en la sección "Lógica" se sugieren maneras de manipular las ideas a través de métodos de lógica más o menos (casi siempre menos) formal. Esa sección está basada casi por completo en materiales ya contruidos y difundidos por otros (especialmente Paul Lazarsfeld,

Charles Ragin y Alfred Lindesmith: un trío improbable). Uno de los temas principales, tomado de Ragin, es la utilidad de concentrarse en una diversidad de casos en vez de hacerlo en la variación de las variables. (En este apartado se explicarán las abreviaturas.) No me disculpo por haber tomado prestados fragmentos de otros autores; sólo pretendo decir que he recurrido a los mejores y que he mencionado los créditos correspondientes, al menos hasta donde sé, por los que he utilizado.

Los lectores descubrirán pronto que existe cierta arbitrariedad en cuanto a los lugares donde se han debatido los temas. De modo que puedo confesarla sin mayores reparos. Podría haber analizado la mayoría de los temas en más de un lugar (y a veces lo hice). Los títulos de las secciones no son sino guías preliminares sobre sus contenidos. Las ideas no son una red deshilvanada de proposiciones conectadas lógicamente (¡no querría que lo fueran!), sino un todo orgánico. Es decir que todas y cada una de ellas se implican mutuamente. El libro es una red o una trama antes que una línea recta.

Las secciones también presentan, según parece, una suerte de orden cronológico en bruto. Podría pensarse que los investigadores inician naturalmente su tarea teniendo varias clases de imágenes acerca de lo que se proponen estudiar y que luego, en base a esas imágenes, desarrollan ideas acerca de qué estudiar y cómo elegir casos (en otras palabras, cómo diseñar proyectos de muestreo). También podría pensarse que, tras haber escogido los casos y haberlos estudiado, desarrollan conceptos que luego emplearán en sus análisis y que utilizan la lógica en la aplicación de esos conceptos a sus casos de estudio. Sería posible pensar razonablemente todo eso porque en la mayoría de los libros sobre teoría y métodos de investigación se especifica ese orden como "la manera correcta" de hacer las cosas. No obstante, si hacemos eso, nos habremos equivocado. Las distintas operaciones presentan esa clase de conexión lógica entre ellas —en cierto sentido, el imaginario ciertamente subyace y parece dictar una suerte de muestreo—, pero eso no significa que debamos realizarlas en ese orden, sobre todo si pretendemos trabajar en serio.

Los investigadores serios avanzan y retroceden constantemente entre estas cuatro áreas de pensamiento, y cada área afecta a las demás. Podemos elegir una muestra tomando en cuenta la imagen que tenemos acerca de nuestro objeto de estudio, pero seguramente modificaremos esa imagen sobre la base de lo que la muestra nos enseñe. Y las operaciones

lógicas que realicemos sobre los resultados de parte de nuestro trabajo probablemente modificarán nuestros conceptos. Y así sucesivamente. No tiene sentido imaginar que será un proceso prolijo, lógico y para nada caótico. Nuevamente en palabras de Geertz:

Trabajamos ad hoc y *ad interim*, uniendo historias de hace mil años con masacres ocurridas hace tres semanas, conflictos internacionales con ecologías municipales. La economía del arroz o las accitunas, las políticas étnicas o religiosas, el funcionamiento del lenguaje o de la guerra deben, hasta cierto punto, soldarse en la construcción final. Lo mismo que la geografía, el comercio, el arte y la tecnología. El resultado es inevitablemente insatisfactorio, chirriante, tembloroso y mal formado: un artefacto grandioso. El antropólogo, o por lo menos aquellos antropólogos que desean complicar sus artefactos y no cerrarlos sobre sí mismos, es un loco que se da maña para todo y va a la deriva con su ingenio. (Geertz, 1995: 20.)

Ninguno de los trucos de pensamiento incluidos en este libro tiene un "lugar apropiado" en el itinerario de construcción de dicho artefacto. Aconsejo al lector utilizarlos cuando considere que podrían hacer evolucionar su trabajo: al comienzo, en medio o hacia el final de la investigación.